

Nueva Sociedad Nro. 150 Julio-Agosto 1997, pp.

REGENERACIÓN O DESORDEN

El fin de un ciclo estatal mexicano

Sergio Zermeño

Sergio Zermeño: sociólogo mexicano, miembro investigador del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México - UNAM.

Palabras clave: cultura política, cambio económico, identidades culturales, Estado, globalización, México.

Ha sido tan acelerada la globalización y tan abruptamente aplicadas sus políticas en los últimos quince años de la historia de México, que este país, maltrecho como nunca, permite hoy una doble lectura, contradictoria, casi esquizofrénica: es, por una parte, la sociedad del desorden, de la atomización, de la fragmentación salvaje, de la generación exponencial de pobres y de los más poderosos ricos de nuestra época, de la anomia social, de la delincuencia generalizada, de la narcopolítica, de la militarización del sureste mexicano y de la más horrenda corrupción resumida en la voz «Carlos Salinas de Gortari», y resumida en los asesinatos políticos de Luis Donaldo Colosio, el candidato priísta a la presidencia de la República y de Ruiz Massieu, secretario del PRI, que enlutaron al país en el año de 1994. Pero es, sin duda por lo mismo, la tierra de las más grandes esperanzas, la del zapatismo y la del cardenismo, la de la búsqueda desesperada por encontrar alguna salida, un camino de redención, algo que nos permita vencer la impotencia, que atempere a esos poderes inconmensurables que van por todas las venas, desde Washington y las grandes transnacionales, pasando por las televisoras, los radios, las universidades, los intelectuales... hasta los más recónditos poblados del sur, del sureste y del centro, en donde fuerzas militares que parecen de otro país persiguen y aniquilan a los liderazgos sociales sólo por intentar resistir a los proyectos del gran capital transnacional y de los gobiernos neoliberales a su servicio.

En resumen, de un lado tenemos asesinatos políticos, corrupción, narcotráfico, pobreza generalizada y violencia social, y del otro, urgencia por reconstruir la esperanza, por encontrar o generar líderes. Dice Marcos en una entrevista reciente: «Nosotros pensamos que el EZLN y el cardenismo son síntomas de algo dentro del movimiento social en México... en realidad son dos formas de nombrar una misma cosa que es esa inquietud de la sociedad civil mexicana

por jugar un papel más protagónico en la toma de decisiones políticas y económicas... sus demandas son las mismas, sus formas de lucha son las mismas»¹.

En julio de 1997, Cuauhtémoc Cárdenas ganó las elecciones para gobernar la ciudad capital de México, y las ganó con un apoyo decidido y masivo del electorado, a pesar de los innumerables fraudes y marrullerías del régimen zedillista. Pero este dato resulta, por momentos, más preocupante que alentador: ¿podrá Cárdenas gobernar una ciudad que por el lado de lo social lo asedia con su descomposición y por el lado del poder le tiende todas las trampas posibles?; ¿podrá superar la cohabitación con un Presidente que encabeza a un gobierno y a un partido herederos no sólo de 70 años de historia verticalista y autoritaria, sino herederos igualmente, en línea directa, del neoliberalismo salinista?; ¿podrá cohabitar con ese hombre de confianza de Washington y de los grandes capitales trasnacionales en que parece haberse convertido cada uno de los presidentes de México bajo el neoliberalismo?; ¿podrá hacer todo eso y mantenerse en el terreno de la democracia y del fomento a la participación social o quedará en medio de fuerzas que lo obligarán a reproducir la función del Tlatoani, del hombre fuerte e incontestado. del líder que tiene que aprovechar el apoyo de las masas dispuestas a llevarlo siempre adelante en contra de sus enemigos de clase?

Pero dejemos las declaratorias generales y tratemos más bien de darle contenido a lo que entendemos por desorden y anomia sociales. Primero los datos: en México entre 1993 y 1996 la delincuencia denunciada aumentó un 80% en el Distrito Federal y 92% en el resto de la República. Esto potencia severamente las tendencias, pues entre 1930 y 1993, según Rafael Ruiz Harrel, la criminalidad capitalina creció 3% por año, mientras que en los tres años siguientes lo hizo a razón de 21 % y en el resto de la República en 33%. Un dato multiplica la gravedad de este hecho: solamente 29 de cada 1.000 delitos registrados en 1996, terminaron con la captura del presunto responsable y su presentación ante un juez penal (en el 97% de los delitos de que las autoridades tomaron conocimiento el delincuente quedó impune)². En otro registro, procedente de las instituciones de derechos humanos, leemos un promedio algo distinto, pero que no modifica en lo sustancial el anterior dato: en los países en donde se puede afirmar que hay un adecuado aparato de Procuración de justicia son castigados el 50% o más de los delitos denunciados, mientras que en México sólo encuentran castigo el 10% de las denuncias ante el Ministerio Público y los jueces penales³. Si le asignáramos al D.F. una calificación de 100 delitos resueltos en 1994, Río de Janeiro alcanzaría

¹ Yvon Le Bot: *El sueño zapatista*, entrevistas al Subcomandante Marcos, Plaza y Janés, México, 1997, p. 330.

² Rafael Ruiz Harrel: «Criminalidad y Autoritarismo» en *Reforma* (Suplemento Enfoque), 13/10/96, p.12.

³ Luis De la Barrera Solórzano (presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, Ombudsman): en *La Jornada*, 10/12/96, p. 40.

una cifra de 618; San Pablo, 620; Nueva York, 713; Washington, 860; Madrid, 900; ay París, 1000; y Londres, 1216⁴.

Es cierto, sin embargo, que desde los años 70 puede ser demostrado en todas es y no sólo en México un aumento cuantitativo de la violencia y también cambio cualitativo. Dice Hans Magnus Enzensberger que hoy lo significativo de la violencia resulta que ya no se ejerce fundamentalmente por fuerzas organizadas, quizá jerarquizadas, enfrentándose a un orden externo a ellas, sin duda opresor, y también organizado y jerarquizado, fuerzas en la mayoría de los casos tenientes de los aparatos del poder político o militar o enfrentadas a ese aparataje (y nos trae a la memoria la imagen más temida hasta hace pocos años: la Tercera Guerra Mundial a cargo de las superpotencias atómicas). A partir de la caída del Muro de Berlín, los conflictos nos muestran otro rostro: se trata de la guerra de todos contra todos, en donde incluso la guerrilla y la antiguerrilla cobran autonomía con respecto a los grandes principios ideológicos y éticos con que justificaron no hace mucho su llamado a las armas: no va quedando más que una chusma armada, convertida en bandas de asaltantes. «El confuso alfabeto con que adornan sus nombres, FNLA o FLNS, MPLA o FMLN, ya no puede engañar a nadie: ya no hay una meta, un proyecto o una idea que los cohesione, sino más bien una estrategia: robo, muerte y saqueo»⁵.

Horst Kurnitzky, otro intelectual, también alemán, agrega datos a esta imagen: no es un secreto que la economía se encuentra desde hace mucho tiempo en manos de bandas internacionales. «Los carteles de drogas, los carteles de armas, las bandas de los mercados informales del Este y el Oeste que ponen casi todo a la venta –desde el vulgar contrabando hasta el plutonio–, todos lavan su dinero ilegalmente ganado en el archipiélago de los restos de la economía formal que, casi completamente controlada por monopolios, ha abandonado todas las relaciones y compromisos sociales contribuyendo a una barbarización de la sociedad. En las sociedades en descomposición, a esta selva corresponde una violencia que se descarga en conflictos de religiones y de regiones... o como violencia cotidiana en las pandillas de los patios de las escuelas y en los barrios miserables que llaman la atención de los mass media. Al lado de ello los marginados de la economía ejecutan el neoliberalismo a su manera, emulando los métodos y valores de los grupos dominantes.»⁶

Se ha pasado así del monopolio de la violencia de los regímenes totalitarios, personalizados en los grandes dictadores y en los grandes aparatos centralizados como la KGB, la Gestapo, etc., a una proliferación de actos de

⁴ R. Ruiz Harrell: «La impunidad y la ineficiencia policiaca», Suplemento: Derechos Humanos y Ciudadanía en *La Jornada*, 22/1/97, p. IV.

⁵ Hans Magnus Enzensberger: «Todos somos la guerra civil» en *Nexos* N° 189, 1993, p. 24.

⁶ Horst Kurnitzki: «Vertiginosa Inmovilidad, los cambios globales de la vida social» Berlín, 1996, p.39, mimeo.

destrucción y violencia animados por una infinidad de agentes que, para comenzar, se separan cada vez más de la referencia a lo estatal y por lo tanto de la idea de totalitarismo, Esto conduce a que el espectador se sienta inerme e incapaz; se encapsula y se desconecta rechazando o negando aquellos actos de solidaridad que, desde su espacio disperso y atomizado, sabe que no tendrán ningún efecto ante la injusticia y la violencia.

Ahora bien, lo que debemos destacar, dejando el plano de las sociedades en general, es que estas tendencias hacia la dispersión y la atomización cobran ritmos frenéticos en las sociedades cuyo acoplamiento a la modernidad ha sido truncado y deficiente por varias razones: por un proceso de mestizaje poco acorde a las exigencias de esa misma modernidad; por un abrupto pasaje de la sociedad campesina a la sociedad urbana en sólo cuatro décadas de crecimiento salvaje con los consecuentes desbalances culturales y demográficos que hoy tenemos a la vista; por la manera en que todo ese dinamismo se estrelló contra el muro del estancamiento que desde los años 80 ha vuelto nulo el crecimiento en México y en otras naciones; y, en fin, por las políticas económicas neoliberales que nos dejan sin defensas en una economía abierta y globalizada (una economía de frontera con la más poderosa nación del mundo), incapacitados para mantener los más mínimos «nichos» a salvo del intercambio transnacional. En tales casos, las mencionadas tendencias dispersoras y atomizantes propias de las sociedades postindustriales de alto desarrollo se ven acompañadas de influjos disgregadores poderosísimos.

En el caso mexicano, entre cinco y diez millones de campesinos maiceros mexicanos, en un lapso brevísimo que no llega a los 10 años han pasado a ser agentes económicos inservibles en ese rol tradicional, sobre todo desde la entrada en vigor del TLCAN, que ha permitido la importación de ese grano a la mitad de precio desde EEUU. La migración y las corrientes de jornaleros en todo el país y hacia el país del norte se vuelven entonces un fenómeno irrefrenable que se manifiesta en pueblos fantasmas del Altiplano y del sur, casi sin hombres y mujeres en edad de trabajar, y grandes ciudades en crecimiento acelerado que son polos de atracción por el espejismo de algunos de sus servicios, pero que son incapaces de ofrecer empleos mínimamente productivos (¿por qué nosotros sí abrimos de esta manera las fronteras y países como Japón y Corea impiden que su economía agraria y sus campesinos sean destrozados por la competencia del baratísimo arroz chino?).

Otro tanto vemos que acontece en la franja fronteriza del norte mexicano con las jovencitas de entre 15 y 24 años, que trabajan en la maquila o ensamblaje de productos con procedencia y destino norteamericanos. Serán un millón en el año 2000, la tercera parte de la población manufacturera mexicana, pero gravitan en su entorno muchos millones de compatriotas, desde sus deshilvanadas o rotas familias hasta la improvisada infraestructura de servicios y transporte que acompaña esos anómicos y desordenados panoramas urbanos; ahí, millones y millones de mexicanos en vías de pauperización y

desmantelamiento acelerado de sus colectivos de origen, nos muestran ya la faz horrenda de uno de los pocos renglones «exitosos» junto con la exportación petrolera, de esta globalización dependiente.

El propio empresariado sufre este efecto pulverizante en la medida en que, por a parte, en unas cuantas empresas trasnacionales poderosísimas se centra el dinamismo y las ganancias mientras que su estructura intermedia difumina vencida por una competencia sin fronteras, o desaparece en favor del mundo informal y los talleres clandestinos acicateados por el abaratamiento de los fletes, el contrabando y la subcontratación de procesos otrora integrantes de la cadena productiva fabril (lo que hoy se llama de manera elegante la desconstrucción del proceso fabril). En enero de 1997 se exigía al gobierno mexicano el perdón de las deudas tributarias de los empresarios medianos y pequeños, pues de lo contrario «en su mayoría estas empresas no podrán hacer frente a sus compromisos y se irán a la economía informal, donde laboran 7 millones de personas»⁷. Para qué citar a esa otra parte del empresariado, la del comercio establecido, que sucumbe frente al mar de vendedores ambulantes cuya competitividad estriba en no pagar alquileres ni impuestos, vender en muchos casos productos piratas y tener una «disposición» para abatir el margen de sus ganancias hasta la ignominia, con tal de vender algo.

En cuanto a la mano de obra industrial, ese gran actor de la modernidad que en nuestro país parecía finalmente embarnecer hacia los años 70, con sus demandas de autonomía organizativa e independencia sindical; de él y de sus organizaciones francamente queda muy poco: las empresas no estratégicas se encuentran en condiciones de tal debilidad que ante las exigencias salariales o ante la huelga, prefieren quebrar, lo que desanima la acción decidida de los trabajadores (cuando los trabajadores han recurrido a la huelga de hambre como medida extrema, se les deja estar así «sólo» 90 días para luego ser secuestrados y «renutridos» sin importar por supuesto el estado irreparable de sus lesiones mentales y físicas, pero nadie, ni con su muerte tiene el derecho de empañar las bondades de la globalización).

Cuando las empresas son estratégicas como la del automóvil, las maquiladoras o la petrolera, simplemente se pone en marcha la ingeniería desmanteladora de la organización colectiva o se echa mano de las guardias blancas, policíacas o militares para reprimir sin misericordia cualquier protesta. Desde el momento en que las grandes firmas automotrices durante los años 80 se mudaron de la ciudad de México y del centro del país hacia el norte para facilitar sus exportaciones, quedó claro que su mano de obra sería mejor capacitada para hacerse cargo de las nuevas tecnologías de punta, pero al mismo tiempo quedó claro que había perdido su tradición laboral (ya no fueron hijos de obreros del automóvil quienes ahí se emplearon), sus salarios cayeron

⁷ Jorge Kahwagi (presidente del Instituto Mexicano de la Pequeña y Mediana Industria): «Apoyo fiscal o la micro empresa pasará al sector informal» en La Jornada, 23/1/97, p. 44.

a casi la mitad con respecto al centro del país (a pesar de su mayor calificación), y su organización gremial fue prácticamente erradicada y severamente regulada por la empresa y los gobiernos locales.

De las pobres obreras maquiladoras, ni hablar: sólo una de cada tres está adscrita a un sindicato, pero de entre las que lo están, en ocho de cada diez casos son incapaces de mencionar el nombre de su representante sindical. Obviamente el asunto se complica por el hecho de que cada una de esas trabajadoras se muda varias veces de empresa en un solo año. Que nos sea permitido ahorrarnos las escenas de terrorismo institucional en el medio obrero petrolero (aquí y en general en las empresas gubernamentales, el sindicato actúa descaradamente, y sin las recompensas del periodo populista, como un instrumento de represión cruda de sus supuestos agremiados).

Cuando los lazos primarios y los elementos cohesionadores de la tradición han sido de esta manera pulverizados o reducidos al folklore, el individuo se encuentra proclive a una cierta soledad, a un estado de indefensión que se puede convertir fácilmente en terror personalizado. Hay que voltear solamente hacia ese panorama de competencia salvaje, de todos contra todos, en que se ha convertido el desempleo en cualquier parte, pero de manera dramática en el neoliberalismo de los países mestizos y de frontera (de apertura impuesta e indiscriminada con la más grande economía del mundo). Cuando todas las fuerzas empujan hacia una política antiinflacionaria y de competencia total (en donde el desempleo es bienvenido para abaratar el costo de la mano de obra y producir artículos comprables a precio competitivo en la feria global), estamos ante una masa de trabajadores inermes, aterrorizados ante las necesidades de la vida cotidiana, como nos lo ha recordado recientemente Santiago Ramírez, que obedecen a los dictados de su razón individual y «que buscan empleo a toda costa... dispuestos a cualquier concesión, desorganizados e inorganizables que dejan de ser un problema político para transformarse en un problema policíaco. El terror de estas masas –en condiciones inminentes de delincuencia– provoca entre la población decente una transformación: lo que otrora fue considerado como medidas represivas intolerables, hoy aparece como acertadas decisiones del poder público»⁸.

Entonces cobran todo su sentido las estadísticas de la violencia: en aquellas regiones periféricas de las grandes ciudades en donde el desempleo y el subempleo son enormes, en donde un alto número de familias están rotas, en donde la escolaridad es pésima, los datos son elocuentes: durante 1995 los homicidios intencionales en el D.F. constituyeron menos del 1% del total de delitos registrados (0,55%), mientras que en el área urbana aledaña a la capital representaron casi tres veces más (1,56%); otro dato: el homicidio doloso por

⁸ Santiago Ramírez: «Terror y desempleo» en *La Jornada*, 12/1/97, p. 21. Este autor nos habla incluso de la adolescencia como de un estado típico de terror individual y califica a esa Atomización, dispersión y soledad individual, como lo que nos ha transformado en una nación de adolescentes inseguros.

golpes es 6,2 veces más frecuente en la zona conurbana; en cuanto a los homicidios que resultan de accidentes de transporte en el estado de México, hay 13,3 veces más muertos que en la capital. En fin, por cada 100 violaciones ocurridas en el D.F., los municipios aledaños registraron 143, pero por cada 100 tentativas de violación denunciadas en el D.F., allá se registraron 720⁹. Hay una correlación evidente entre atomización, anomia, hábitats construidos al vapor, movilidad salvaje, desempleo. etc. Ello empujó a que en esas zonas urbanas fuera sustituida la policía por contingentes militares con la esperanza infundada de que gracias a esa medida disminuiría la delincuencia.

Podemos establecer una primera hipótesis que pretende dar cuenta de las tendencias más significativas de nuestro tiempo y en donde la violencia se amplifica como la manifestación más angustiante al marcar el fin del dominio civilizatorio del hombre sobre la naturaleza y de la concordia entre los integrantes de la especie: digamos que estamos viviendo una clara tendencia hacia la atomización, hacia la individuación y la disolución de los colectivos y de las identidades grupales, que hace llegar sus efectos hasta el referente Mismo de la nación. Según esta hipótesis, habría disolución y atomización debido a las velocidades inusitadas a que están siendo sometidas las culturas societales (particularmente las más expuestas a los inmisericordes acelerones y frenones de la modernización y luego de la economía abierta); arranque y freno, alteración constante del ritmo, desbalance, pedacería en medio de la pobreza de recursos, expulsión de los hombres de sus medios originales sin que sean reabsorbidos en los puntos de llegada son, todos, conceptos que parecen arrebatados a la física, qué duda cabe.

Pero veamos los efectos perversos llevando la hipótesis general a terrenos más concretos: ante el desorden y la violencia, cada actor, cuando aún está en posibilidad de hacerlo, toma medidas defensivas que terminan por agravar la tendencia disgregadora: las clases medias en muchas ciudades latinoamericanas y en otros continentes tienden a encerrarse físicamente, privatizando la vía pública, como lo ha ilustrado Kurnitzky, con bardas y policías particulares (en espacios más populares la privatización se da por pequeños barrios o incluso calles cerradas que se vuelven intransitables, en primer lugar para los agentes hacendarios y policíacos, naturalmente).

Por su parte, los miembros de lo que alguna vez fueron movimientos sociales vigorosos, surgidos de demandas de grupos organizados o de tragedias naturales (como el terremoto de 1985 en el D.F.), se disgregan también en infinidad de subconjuntos, pues intuyen con razón que las nuevas condiciones del juego político vuelven a los liderazgos extremadamente vulnerables y corruptibles (los vendedores ambulantes que alguna vez tuvieron lideresas casi únicas y casi incorruptibles, se deciden por pequeños líderes negociadores en el corto plazo aprovechando la muerte de los dirigentes históricos u otros

⁹ R Ruiz Harrel: «La zona metropolitana: un reporte» en *Reforma*, 21/10/96, p. 2b.

sucesos «renovadores»; de alguna manera sucede lo mismo con los deudores de la banca, los miembros de los movimientos urbano-populares, las organizaciones campesinas, indígenas, etcétera); en este panorama agreguemos la fuerza inusitada con que aparecen las ONGs, a las que no hay que restarles ningún mérito pero sí encuadrarlas en esta tendencia disgregadora. Citemos en nuestro catálogo de la atomización el ejemplo quizás más relevante: la utopía salinista de convertir la relación entre el dirigente (Salinas) y sus gobernados en un asunto personal, el líder indiscutido se relaciona, sin instituciones ni aparatos de *mediación*, con un caniquerío infinitamente disperso, pequeños núcleos de ciudadanos efímeros regados por todo el país, llamados «comités de solidaridad» sin identidad consistente ni continuidad organizativa, congregados de manera pasajera para construir el drenaje de la cuadra, las banquetas, etc., pero sobre todo, para servir sin mediaciones al poder, al vértice de la pirámide.

Llevando la hipótesis a terrenos aún por comprobar, ¿podría establecerse que las bandas juveniles que tanto alarmaron a las clases medias y a la televisión durante los 70 y 80, y que estaban compuestas por 10 o 15 elementos, según lo comprobamos en una investigación¹⁰, hoy se achican porque se descubren, en sus dimensiones originales, vulnerables ante la policía y lentas en su accionar? Lo que sí ya es comprobable, cambiando de escala, es que mientras todos los esfuerzos se concentraban en combatir a los tres grandes carteles mexicanos (Ciudad Juárez, el Golfo y Tijuana), surgieron pequeños nuevos organismos por todos lados, vendiendo no sólo kilos sino toneladas de estupefacientes¹¹.

¿Cuántos talleres clandestinos, cuántas costureras en sus domicilios, y qué grado ha alcanzado la explotación extrema de esos espacios familiares de la subcontratación en la industria del vestido, de la alimentación, de los productos del cuero, de los juguetes y las baratijas...?; ¿cómo medir el crecimiento de ese universo infinito en una economía que se achica, que excluye, que inventa sus propias estadísticas, que corrompe a intelectuales, medios de comunicación y profesionistas para generar una imagen positiva del proceso y no la contraria que es la real y nos está matando?; ¿cómo apartar de todo esto el espectáculo extremo al que llegamos en el año de 1995, cuando en un sólo día, como una imagen dramáticamente posmoderna, tuvieron lugar cien marchas en el Distrito Federal?

Dejando de lado el terreno de las tendencias estructurales hacia la pulverización en nuestra época, para decirlo de alguna manera, levantemos algunas hipótesis (campos de investigación, temáticas a informar), en torno a aquellos actos deliberados (producto de la voluntad) venidos desde el Estado y dirigidos al desmantelamiento de las identidades y los colectivos sociales. En efecto,

¹⁰ Héctor Castillo, Sergio Zermeño y Alicia Zicardi: «Juventud popular y bandas en la Ciudad de México» en Néstor García Canclini (comp.): *Cultura y Pospolítica*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995.

¹¹ Informe del instituto Nacional para el Combate a las Drogas en *La Jomada*, 25/1/97, p. 8.

dado que las políticas públicas exigidas por la integración transnacional afectan inevitablemente a una infinidad de regiones, espacios, organizaciones y actores socio-económicos, el Estado, argumentando el bien de la nación (el bien de los vencedores del libre comercio), se lanza de manera deliberada a la disolución de todos aquellos núcleos duros de identidad colectiva, desde el barrio hasta la región, desde el sindicato hasta las universidades, que se oponen a los planes de apertura, competitividad, privatización, recorte de subsidios o de personal, etc. (¿el neozapatismo, el club de golf y la comunidad de Tepoztlán, las comunidades indígenas de la Zona Norte del Istmo de Tehuantepec, la región mazateca de Oaxaca, la Cocei en Juchitán oponiéndose al proyecto transístmico, la organización Purépecha en Michoacán?; en realidad, la hipótesis tendría que abarcar a todos aquellos colectivos de nuestro país en donde la comunidad, el barrio, el poblado o la región campesina o indígena se opone a las políticas «modernizadoras», saqueadoras y de expulsión poblacional (para lo que la reforma al artículo 27 sobre la enajenación de tierras comunales y ejidales ha sido estratégica). ¿Puede entonces ser argumentado que es debido a esto que la idea de lo colectivo, de la comunidad, y sobre todo de la autonomía regional, étnica y pluriétnica, se revela como arena para el engranaje del neoliberalismo (para esta búsqueda ciega y deliberada de atomizar y pulverizar a los colectivos consistentes en su historia y su cultura).

Vemos, junto a esto, que las policías se dividen, por una parte, en una colección indiscriminada de pequeños cuerpos que se confunden con la sociedad, la delincuencia y las mafias¹², y por otro lado, en cuerpos selectos de altísima eficacia que tienden a concentrarse en aquellos puntos neurálgicos del orden globalizado que se vuelven puntos de gran tensión; estos cuerpos se confunden con los aparatos militares y ambos se concentran en la seguridad política desmantelando a grupos opositores, armados o no, persiguiendo y pulverizando a las organizaciones y movimientos sociales, encargándose del narcotráfico para usufructuar de él, o para perseguirlo, cuando así lo indica la metrópoli mundial, y encargándose de la ingeniería electoral y de la persecución fiscal.

Las comunidades, los ciudadanos, se sienten abandonados, atacados por la delincuencia y por las propias bandas policíacas y tienden a organizarse también en bandas de autodefensa cuando el referente comunitario, la etnia, la tradición de pueblos y barrios así lo permite. En estos casos los colectivos viven

¹² A este respecto nos informa Ruiz Harrel que el crecimiento de las policías de la capital ha ido de la mano del crecimiento de la delincuencia, pero su ineficiencia también ha ido en aumento: mientras teníamos 65 policías por cada 10.000 personas en 1994, París tenía 56, Roma, 53; Madrid, 44, Río de Janeiro, 40. Washington, 37; y Londres, 25. Naturalmente que los salarios, la capacitación y el entrenamiento son tan malos que el medio está plagado de corrupción e ineficiencia; sociedad, delincuencia y policías se confunden y se autoanulan: en la capital mexicana para atrapar a cien delincuentes es necesario el trabajo anual de 1.295 policías, mientras en Washington sólo se necesitan 14; en París, 15; en Londres, 18; en Roma, en Nueva York, 22; en Río de Janeiro, 30; en San Pablo, 31; y en Madrid, 35. Un solo policía promedio de esas ciudades hace lo que 55 de los nuestros (R, Ruiz Harrel: «La impunidad ciencia policiaca», ob. cit., p. III).

en una gran tensión debido al desempleo, los cambiantes roles entre géneros y la frustración producida por el acelerado desordenamiento de los referentes de tradición y futuro. En estas condiciones los propios miembros de la comunidad se encuentran en peligro de desatar la violencia entre ellos mismos. Esto se agrava porque prácticamente desaparece la posibilidad de recurrir a un árbitro exterior que haga justicia, son terrenos de los que el Estado se ha retirado dejando a unas policías enredadas en la delincuencia, el chantaje y la extorsión, Entonces la comunidad tiende a reorganizarse emergentemente en guardias de autodefensa, o bien, sin llegar a ese extremo, los pobladores tienden a hacerse justicia por propia mano, expulsando la mayoría de las veces a los propios cuerpos policíacos corruptos o dirigiendo su energía contra ellos. En el extremo, vemos a muchas comunidades recurriendo al linchamiento como una forma defensiva. Incluso, se podría establecer la hipótesis, siguiendo a René Girard, de que no se trata aquí de un acto defensivo contra una amenaza exterior, sino que el linchamiento en este caso actúa como acto sacrificial por medio del cual la comunidad trata de encauzar hacia un ente exterior las energías de violencia de sus integrantes en su propio seno, producto de esa velocidad y ese desorden a que están siendo sometidos, intentando canalizar de esta manera las terribles amenazas a su cohesión, el enfrentamiento entre sus miembros y la espiral de venganza que esto siempre trae implicado¹³.

Cuando la idea de comunidad es irreconstruible, simplemente la degeneración se apropia del espacio, expresándose en delincuencia y violencia a todos los niveles y potenciando las tendencias disgregadoras y atomizantes. La impotencia que esto genera hace que los individuos dispersos y enfrentados traten de defenderse y hacerse justicia como pueden, lo que potencia, como en un círculo vicioso, las interacciones delictivas y la violencia en general. Rollo May ha mostrado que una buena parte de la violencia social tiene su origen en la impotencia; cuando la persona humana sólo experimenta su propia incapacidad para definirse a sí misma, se siente orillada a valerse de la violencia: el sentimiento personal de impotencia conduce al individuo hacia actos violentos, y es que según lo ha mostrado la psicología, la impotencia corroe la autoestima en el individuo o en el grupo, y el recurrir a la violencia no significa otra cosa que la decisión de demostrarnos a nosotros mismos que tenemos una capacidad de voluntad. La atracción hacia la violencia proviene de la inmediatez con que produce resultados y provoca el sentimiento de trascender la trivialidad de la vida humana, se genera una aventura, se supera el sentimiento de impotencia. A esto hay que agregar que en la locura urbana se agudiza la autodevaluación, la sensación de que la sociedad no voltea a vernos, y esto es lo que abona el

¹³ En el estado de Morelos, entre 1995 y 1996 se tuvo conocimiento de más de una decena de linchamientos en distintos poblados. La comunidad «busca canalizar hacia una víctima relativamente indiferente, una víctima 'sacrificable', una violencia que amenaza con desatarse entre sus propios miembros», René Girard: *La violence et le sacré*, Grasset, París, 1980.

ambiente para el acto protagónico y fascinante de romper, de irrumpir por la fuerza¹⁴.

Cabría establecer una hipótesis más en torno a la escalada delincencial y en general a la violencia en que estamos viviendo los mexicanos y que se podría enunciar como sigue: el repentino retiro por parte del Estado de sus tradicionales funciones asistenciales y la destrucción de los espacios, órganos e instituciones de intermediación ha sido salvaje y acelerado. Es cierto que esto ha ocurrido en muchas sociedades bajo la globalización, particularmente en las dependientes y de alto mestizaje. Sin embargo, en el caso de México el impacto desorganizador y la posibilidad de una escalada de violencia degenerativa puede ser mayor debido a que se trata de una sociedad cuyo orden históricamente ha dependido, quizás de manera más estricta que ninguna otra (con excepciones como las de China, Francia o Rusia), del rol central ordenador del Estado durante los periodos que van de lo prehispánico a lo industrial, pasando por la Colonia, el Porfiriato y el Cardenismo. Se trata, dicho resumidamente, de una cultura y un orden político-estatales que nos enseñan por experiencia que cada vez que éste actor central se ha visto debilitado, las tendencias disgregadoras, desordenadoras y violentas se han desatado incontrolablemente hasta que un nuevo actor, centralizador, reordenador y necesariamente autoritario restablece una paz vertical incontestada; así pasó en la guerra de Independencia, en las guerras de Reforma, en la Revolución mexicana y así parece aterradoramente comenzar a dibujarse hoy en este país, «dirigido» fatalmente por una elite sin experiencia política y sin cultura nacional. Estas sociedades en donde el futuro de las grandes masas desplazadas no está acompañado por un puerto de llegada, una ilusión de futuro (la industria, el Nuevo Mundo, la migración, el comercio, la utopía de la Modernidad y la modernización), y en donde el desempleo, el desorden y la exclusión son demenciales, abren la posibilidad de escaladas degenerativas incontrolables, capaces de pasar velozmente de la imagen del México acogedor, solidario, afectuoso, al México descompuesto y violento. Lo peor es que dicha tendencia degenerativa y dicha violencia no parecen estar distribuyéndose en campos mínimamente organizados de confrontación (partidos, derecha, izquierda, lo indígena, lo nacional, lo popular...), sino en una protesta soterrada, constante, dispersa, con mínimos o nulos referentes identitarios compartidos (ideológicos, políticos, militares, religiosos...), cada quien en su oportunismo y aprovechando la oportunidad, átomos en sobrevivencia y sin cultura, sin pasado y sin futuro, sin pertenencia que defender: el México roto, imperando sobre el México globalizado y el México profundo.

Ante este panorama poco optimista Cuauhtémoc Cárdenas y el subcomandante Marcos se esfuerzan en proponernos utopías de futuro, imágenes de reconstrucción humana y humanista y, naturalmente, la gran masa, las clases medias y los sectores ilustrados ponen atención a su discurso, intuyen que si

¹⁴ Rollo May, cit. por Mary Kathryn Grant: *The Tragic Vision of Joyce Carol Oates*, Duke Univ. Durham, 1978, pp. 31-33.

hay algo que recuperar está ahí, que todo lo demás es pérdida. El panorama sin embargo está tan roto como intentamos ilustrarlo, tan atomizado y deshilvanado que son enormes los peligros de ver reproducida una relación líder-masas, el regreso de los liderazgos personalizados en lugar del fortalecimiento de lo social, de la sociedad civil que tanto ha apasionado al zapatismo y al cardenismo de nuestra época. Quizás por ello Marcos quiere reconvertir al zapatismo en un frente civil, y no militar, de liberación nacional, aunque tampoco partidista: «el hecho de votar no va a resolver las cosas... hay que organizar a la sociedad, no para que le pida al gobierno sino para que resuelva sus problemas... las comunidades zapatistas trabajan para resolverlos (y) el resto de la sociedad tiene que organizarse para resistir ese proceso de descomposición». Y Cárdenas por su lado le propone ala sociedad del Distrito Federal una utopía que se ve difícil ante el panorama de desgarramiento descrito, pero que tiene una gran legitimidad: «la necesidad de una reconstrucción y un fortalecimiento de las agrupaciones y organizaciones de la sociedad civil del Distrito Federal: un programa para que la gente, de manera organizada y en coordinación con las autoridades gubernamentales, haga frente a los problemas más apremiantes de su entorno vital. Sin esta reconstrucción de la sociedad civil es imposible imaginar soluciones para problemas tan urgentes como la seguridad ciudadana, el mejoramiento del medio ambiente, los programas emergentes de empleo, la reconstrucción del espacio escolar y la elevación del nivel educativo... Sin embargo, hay que poner bien en claro que debe existir una separación entre organizaciones sociales y autoridad política: aceptar desde el principio que existirá constantemente una dinámica de cooperación y en ocasiones de conflicto entre organizaciones sociales y autoridades de la ciudad, y que las soluciones a esto dependen del diálogo y los acuerdos pactados y *respetados en contenidos y tiempos*» (en alusión, esto último, al incumplimiento zedillista de los acuerdos de San Andrés Larrainzar sobre derechos de los pueblos indios).

Son las fuerzas moderadas buscando la regeneración del tejido de una sociedad, en batalla desigual con los titanes del poder global.